

EL TRABAJO

Órgano de la Sociedad de Albañiles de Madrid

Teléfono 15156.—Secretaría 25.—Piamonte, 2 (Casa del Pueblo)

Todos para uno
Uno para todos
Diciembre 1930

El entierro de Luis Fernández

Más de cuarenta mil trabajadores acompañaron el cadáver de nuestro camarada

Datos biográficos.

Tenía nuestro querido compañero cincuenta y un años de edad, pues había nacido en Madrid el 23 de marzo de 1880.

Activo militante de la organización de Albañiles, en la que ingresó el 23 de abril de 1904, cuando esta organización tenía su domicilio social en la calle de Relatores, batalló incesantemente por la consecución de las reivindicaciones del proletariado.

Sus excelentes dotes de organizador y sus condiciones de hombre honrado, consciente y muy culto le llevaron pronto a ocupar cargos directivos dentro de la organización. No tardó mucho en ocupar el puesto de secretario de la Sociedad de Albañiles, cargo que ha venido desempeñando desde hace veinte años.

Como siempre sucede a todos los que, como nuestro querido y desdichado compañero Luis Fernández, militan activamente dentro de las organizaciones, se creó en rededor de él un ambiente de franca simpatía por parte de los que con honradez seguían su actuación al frente de la organización, y, por el contrario, de antipatías por parte de aquellos elementos que no jugaban limpio dentro de las organizaciones, y cuyos procedimientos disolventes y malintencionados encontraron siempre una oposición franca, leal, pero resuelta, en nuestro llorado camarada.

Como socialista es bien conocida su actuación por nuestros compañeros. Ingresó en la Agrupación Socialista Madrileña en el año 1912, y en ella ha desempeñado distintos cargos. En la actualidad llevaba más de cuatro años desempeñando el cargo de presidente.

Había desempeñado también los cargos de delegado al Comité Nacional del Partido en representación de Castilla la Nueva, consejero de la Gráfica Socialista, vocal del Instituto de Reformas Sociales, vocal jurado del Tribunal Industrial de Madrid y vocal de la Comisión Ejecutiva de la Unión General de Trabajadores.

De todos es conocida su actuación como propagandista del Partido y de la Unión. Intervino en innumerables actos de propaganda, tanto en Ma-

drid como en provincias, así como en varios Congresos nacionales e internacionales.

Como otros tantos compañeros, también estuvo preso en varias ocasiones por defender los intereses del proletariado.

llano atentado que quitó la vida a un hombre inmensamente bueno y honrado nos exalta de nuevo.

La opinión ha juzgado ya el crimen y a sus autores acudiendo en masa al entierro de nuestro camarada.

do; pero el equilibrio de la voluntad ahogaba toda expresión violenta. Y los manifestantes marchaban tras la carroza fúnebre, serenos y silenciosos, a cumplir el penoso deber de dejar en el cementerio al camarada querido, asesinado en pleno vigor físico,

una mayor trascendencia aún. La clase trabajadora madrileña, abandonando el trabajo y acudiendo al entierro de Luis Fernández, ha condenado el crimen y ha demostrado solemnemente que los autores morales, además de no representarla, son indeseables en las filas de la organización. Estos hombres de instintos primarios no pueden en manera alguna atribuirse la representación de la clase trabajadora, a la que deshonran con su conducta.

Una carta de Indalecio Prieto.

«A la Sociedad de Albañiles El Trabajo. — Madrid.

Estimados camaradas: Llegue hasta vosotros con estas líneas la expresión de mi duelo por la trágica muerte de vuestro secretario Luis Fernández.

La bondad desbordante de este hombre caballeroso parecía tenerle a cubierto de todo odio, libre de rencores y de afanes de venganza. Y, sin embargo, ha caído asesinado. No por cobrar en él ningún acto de personal despotismo, ni siquiera un gesto agrio, sino por personificar la dirección de una organización obrera cuidada de su pureza administrativa.

El triste ejemplo de Luis Fernández nos revela con caracteres sangrientos cómo son puestos de sacrificio ciertos cargos directivos, sobre cuyos titulares pesa casi constantemente la injuria y el riesgo de dejar en el empeño la vida.

La causa obrera ha inscrito en su martirologio un nombre más: Luis Fernández.

Muy vuestro, Indalecio Prieto.
3 noviembre 1930.»

Coronas recibidas.

Enviaron hermosas coronas de flores naturales las entidades siguientes: Federación de Espectáculos Públicos, Albañiles y Peones de Zaragoza, Círculo Socialista del Sur, Agrupación Socialista de Zaragoza, Grupo de Bomberos y Simpatizantes, Comités paritarios de la Edificación, Gráfica Socialista, Sastras de lo Militar, Federación Nacional del Arte Textil y Anexos, Escuela Obrera So-



Momento de ser sacado del Depósito Judicial el cadáver de Luis Fernández.

La idea de la Fundación Pablo Iglesias fué sugerida por él, y en ella ejercía en la actualidad el cargo de tesorero.

Nota marginal.

Ya cubre la tierra — más amorosa que el alma de algunos obcecados seres humanos — el cuerpo de nuestro amigo y camarada Luis Fernández. Al escribir estas líneas quisiéramos olvidar la forma trágica en que perdió la vida nuestro buen correligionario y amigo. Pero ¿cómo lograrlo? Imposible. No es sólo el crimen, siempre repudiable; es su significación social lo que tiene en tensión nuestro sistema nervioso, y queremos dominarnos; pero el recuerdo del vi-

Y no es sólo lo interesante el que haya acudido tan enorme muchedumbre a la cívica manifestación, sino la forma en que se ha producido. De antiguo tiene demostrado el pueblo madrileño su fina sensibilidad. La clase trabajadora nos tiene acostumbrados a jornadas de gran emoción, en las que ha quedado patente su serenidad y su capacitación para las acciones más enérgicas y serenas. No nos ha sorprendido, pues, la cordura y la sensatez de la manifestación del entierro.

Por anticipado sabíamos que el acto revestiría la seriedad y la sensatez que le han engrandecido. Los pechos reventaban de indignación por la monstruosidad del crimen cometi-

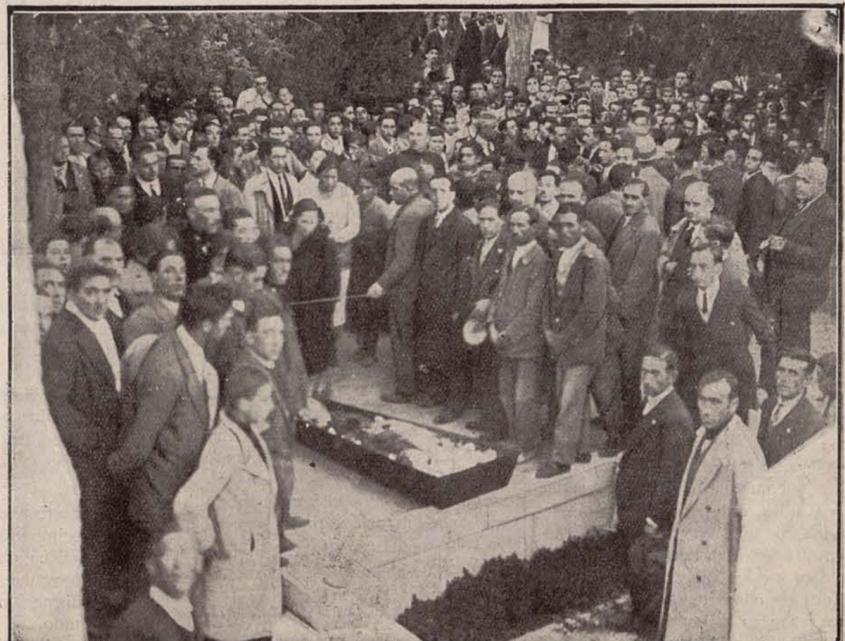
cuando más útil podía ser a las ideas y a la Sociedad de Albañiles El Trabajo, de la que ha sido secretario más de veinte años, sin que nadie haya tenido que reprocharle nada. Los hombres, contrariados y meditabundos: las mujeres, emocionadas y estrechando contra su noble pecho ramos de flores que ofrendar al camarada querido muerto.

Jornada triste, pero que honra a la clase trabajadora madrileña. El pueblo es nuestro Tribunal de apelación, y condenó unánimemente el crimen que costó la vida a Luis Fernández. Y en medio de nuestra profunda amargura, esto es un lenitivo a nuestro dolor.

Pero la jornada tiene para nosotros



Nuestro camarada Julián Besteiro dirigiendo la palabra a la multitud congregada ante las puertas del Cementerio Civil.



La muchedumbre desfilando ante el cadáver de Luis Fernández.

cialista, Agrupación Socialista de Carabanchel Alto, Federación Siderometalúrgica, Sociedad de Albañiles El Trabajo, ésta muy grande; Traviarios, Unión General de Trabajadores y Agrupación Socialista de Murcia, Comité de la Unión General de Trabajadores de España, Sindicato Nacional Ferroviario y Zona 1.ª, Casa del Pueblo de Madrid, Federación Nacional del Transporte Interurbano, Casa del Pueblo del Puente de Vallecas, Federación de Camareros de España, Agrupación de Apuntadores de Teatro, Casa del Pueblo de Vall de Uxó, Federación Nacional de la Edificación, Peones en General, Agrupación Socialista, «A su presidente»; Federación Local de la Edificación, Venancio Sansón, «Al bondadoso Luis»; Embalsadores, Redacción y Administración de «El Socialista», Federación Nacional y Agrupación de Camareros de Madrid, Centro de Sociedades Obreras y Federación Socialista de Ovedo, Federación Nacional del Transporte, Unión de Grupos Socialistas, Sindicato Metalúrgico El Baluarte, Casa del Pueblo de Carabanchel Bajo, Grupo Sindical de Obreros del Transporte, Agrupación de Operadores de Cinematógrafo, Obreras en Ropa Blanca, Modistas, Cobradores de la Sociedad de Albañiles El Trabajo, Grupo Sindical Socialista de Albañiles, Fundación Pablo Iglesias, «A su secretario»; Federación Nacional de Barberos, Asociación de Dependientes de Peluquerías y Barberías, Casa del Pueblo de El Escorial, Lavanderas y Planchadoras, Constructoras de sobres, Federación de Jóvenes Socialistas de Castilla la Nueva, Fraternidad Cívica, y un ramo de flores de Francisco Fernández Anchueta.

El entierro.

El día 4 de noviembre último se verificó el entierro de nuestro llorado camarada.

A las dos y media se puso en marcha la comitiva fúnebre. Precediendo a ésta y abriendo camino iba un piquete de la Guardia municipal montada, con el jefe de servicio, señor Abarca.

Seguían dos automóviles con las coronas, y en último lugar, el coche mortuorio.

Detrás de éste marchaba, a pie, la presidencia del duelo, constituida por nuestro compañero Luis, hijo del finado; las Ejecutivas de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, la Directiva de la Sociedad de Albañiles y la Ejecutiva de la Federación Nacional de la Edificación. Cerraba la marcha otro piquete de la Guardia municipal montada.

Alrededor de los coches y de la presidencia del duelo, formando una guardia de honor, iban más de doscientos compañeros delegados de organizaciones y de los Grupos Sindicales Socialistas.

Tras la comitiva se puso en movimiento la enorme masa humana, y al llegar a la Puerta de Atocha, muchos subieron en autos y la inmensa mayoría siguió a pie al coche fúnebre hasta el Cementerio.

Palabras de Besteiro.

En nombre de todas las Sociedades a las cuales nuestro querido compañero Luis Fernández Martínez ha prestado sus servicios; en nombre, especialmente, de la Unión General de Trabajadores y del Partido Socialista, que en sus organizaciones nacionales resumen todo el esfuerzo de nuestra actividad, os doy las más expresivas gracias por este acto solemne que habéis realizado, y que demuestra elocuente el cariño que habéis profesado y profesáis a este querido compañero, como también el amor acendrado que sentís por nuestros inmortales ideales.

Este campo, camaradas (señala al Cementerio Civil), va sembrándose ya de restos muy queridos para nosotros; unos de camaradas que, día por día, fueron entregando su vida en un esfuerzo continuo para servir las necesidades de nuestras organizaciones; otros—y esta suerte les cupo especialmente a compañeros de la Sociedad de Albañiles, que parece que están señalados por un sino trágico—, cayendo como caen los guerreros en las barricadas, en los puestos primeros de la línea de combate, en el puesto de honor; son estos hombres tres camaradas albañiles, que siempre vivirán en nuestra memoria: Oliva, Portillo, Luis Fernández.

Pero, aun entre ellos, camaradas, hay que hacer una distinción: Oliva sucumbió herido por una bala de la fuerza pública, máquina e instrumento ciego de nuestros adversarios los capitalistas; Portillo y Luis Fernández han muerto heridos por una bala disparada por una pasión fratricida. Y es, camaradas, lo más doloroso de nuestra actuación que no tenemos solamente que luchar con el adversario, sino con los que deben ser amigos y hermanos. No importa. Nuestra lucha es una lucha contra las sombras, contra la ignorancia y las pasiones extraviadas; ya lo sabemos. Y es nuestra gloria y honor imitar la conducta de este compañero: siempre en su puesto, siempre con la sonrisa en los labios, siempre sereno, sin contagiarse con la bajeza y el odio con que a veces se trata de excitarnos.

Ya sabemos, compañeros, que esos actos los realizan hombres propensos a la aberración y a la locura, y es

són, director del Reformatorio de Ocaña, la carta que a continuación reproducimos:

«Madrid, 18 de agosto de 1930.

Sr. D. Venancio Sansón.

Estimado y querido amigo: Por la presente le participo que he tenido la inmensa satisfacción de saludar en ésta al amigo y compañero Andrés Sánchez Aguado, libertado en la condicional últimamente promulgada.

Viene encantado de la conducta y de su comportamiento de usted, de quien no hace más que elogios, como igualmente de su hermano D. Domingo, el que le trató en la cárcel de Madrid con toda clase de consideraciones.

Tan contento viene, que me ha manifestado, con lágrimas de alegría, que al abandonar la prisión le hizo usted un donativo particular de 30 pesetas, cosa a la que me parece se ex-

«Lo más doloroso de nuestra actuación — dijo Besteiro — es que no tenemos que luchar solamente con el adversario, sino con los que deben ser amigos y hermanos.»

preciso reconocer también que tenemos enemigos que, ya que no son maestros en otra cosa, lo son en destilar veneno que excite y encone las heridas sangrantes del proletariado.

Tengo para mí que, más que la bala que le ha quitado la vida, Luis Fernández hubiera sentido herido su corazón más cruelmente si hubiese podido oír que se le llamaba patrono. ¡No! Tenemos que proclamarlo altamente: Luis Fernández era un compañero más modesto, más amable y humilde que la mayor parte de los hombres que están en nuestra organización; trabajaba más horas que muchos de ellos y cobraba un jornal menor que el de ellos. ¿Qué más se le puede pedir a un hombre y qué recompensa se le da?

Desde que Luis Fernández fué herido hasta que murió no sabía más que repetir estas palabras: «Mi vida no importa, lo que importa es la vida del Partido Socialista y de la organización obrera»; y esas palabras han de ser nuestro lema. Por mucho que se nos excite y provoque, tendremos la vista puesta en los ideales; despreciaremos las pequeñeces; iremos a la lucha grande y no mezquina; sabremos mirar con alteza de miras a nuestros propios adversarios.

Delante del cuerpo de Luis Fernández vais a desfilar con orden; tened en cuenta que ese campo es cuidado por las manos amorosas de las mujeres cívicas, y hay que mirarlo y respetarlo como si fuera algo muy nuestro; hay que pasar con el orden que ha sido la nota característica del espíritu de Luis Fernández. Yo he convivido con él; le conocía bien; y siguiendo su ejemplo y el de otros que yacen ahí, en primer término el de Pablo Iglesias, a la Casa del Pueblo, a los que trabajan en la humilde tarea cotidiana, los llamo a cultivar nuestro espíritu de lucha, a mantener encendida esta llama que está formando una ingente hoguera, en la que se han de fundir las penas más duras de la vida nacional, y al fundirse, como la campana de Schiller, producirán un sonido claro, armonioso y vibrante, que será la señal de la emancipación del proletariado y con ella la de toda la Humanidad.

La multitud desfila ante el cadáver.

Terminada la sentida oración de Besteiro, fué sacado el féretro del coche mortuorio y colocado delante del mausoleo de Pablo Iglesias, y se abrieron las puertas del Cementerio para que desfilaran ante el cadáver de nuestro compañero los trabajadores madrileños.

Así se hizo, y ordenadamente fueron entrando cuantos estaban en la rotonda del Cementerio y dando el último adiós al camarada asesinado.

El desfile duró bastante tiempo. Caían las sombras de la noche cuando los últimos visitantes salían de la fúnebre mansión, donde quedaban los restos del amigo y compañero Luis Fernández.

Una carta de Luis Fernández.

En el mes de agosto, nuestro malogrado camarada Luis Fernández dirigió a su amigo D. Venancio San-

cedió usted, aunque no me extraña, dado su buen corazón, pues yo no le pedí más favores que aquellos compatibles con las funciones de su cargo, y siempre dentro de lo legal y reglamentario, teniendo en cuenta su criterio de alta bondad y virtud en los principios del sistema carcelario, basadas en las constantes y diarias doctrinas, por cierto bien recibidas, del gran maestro que en vida se llamó Rafael Salillas.

No sería bien nacido si no le mostrase mi más profundo agradecimiento, sincero y hecho con toda el alma, por cuanto hizo usted por este mi amigo, como al igual hace con tantos otros desgraciados que se ven caídos y sumidos en el dolor. ¡Buen discípulo salió usted del inolvidable coronel Montesinos y del maestro Salillas!

Aparte de esto, tengo que hacer por ir un día a ésa a darle un fuerte abrazo y agradecerle personalmente cuanto ha hecho usted por todos nosotros, y bien quisiera que fuera pronto, tal vez alguno de estos domingos del próximo mes de septiembre.

Usted sabe que cuando venga a Madrid vivo en el barrio de Pozas, próximo a la iglesia del Buen Suceso, ronda del Conde Duque, número 5, piso tercero, número 1, donde el cuarto es mayor que el que tenía anteriormente, y, por tanto, quiere decirse que tiene usted casa y cuanto en ella se le pueda facilitar al venir a ésta, y puesto que D. Domingo no vive en Madrid, mi mayor satisfacción y placer sería el que usted se hospedase en mi casa, que es hoy, como siempre, la suya.

Muchos recuerdos a su buena y anciana madre, la que deseo se conserve bien y por muchos años, y usted sabe que hoy, como ayer y como siempre, puede disponer de su buen amigo, que lo es de veras y le quiere de todo corazón, Luis Fernández.»

AGRADECIDOS

La Junta directiva de esta Sociedad agradece a la organización obrera española las atenciones que ha tenido para con la familia del camarada Luis Fernández y para con la propia organización.

La muerte de nuestro querido amigo ha producido la misma impresión entre los muchos trabajadores españoles que le conocían que en los medios sindicales de Madrid, donde se había acusado su personalidad socialista y socialista con señalado relieve.

En la imposibilidad de contestar individualmente a todas las cartas y despachos telegráficos recibidos, la Junta directiva agradece desde las columnas de nuestro periódico las manifestaciones de dolor que nos han remitido estos días.

Nos interesa asimismo consignar el agradecimiento de esta Sociedad a los periódicos obreros de provincias que, en lenguaje mesurado, no exento de indignación por la brutalidad del atentado, se solidarizaron en la protesta y el sentimiento que nos embarga por la muerte de tan querido compañero.

EL ASESINATO

El asesinato se esperaba. Se presentía. Se «mascaba». A Luis no le sorprendió. Tan no le sorprendió, que todo lo tenía previsto de tal manera, que no había olvidado detalle para que no encontrásemos tropiezos los demás al faltar él. Hacía pocos días que, en reunión familiar, y ante un acontecimiento afortunado, había dicho: «¡Celebremos con alegría la suerte, por si nos queda poco tiempo de vida!» Quien, como nosotros, haya pasado los días a su lado en estos últimos meses, le habrá oído frases semejantes. No eran ellas, ciertamente, de desaliento. No flaqueó su voluntad un solo instante. Eran frases de presentimiento y de clarividencia. Era, sencillamente, que se daba cuenta exacta de la situación.

andábamos entre los 14 y 15.000 asociados, y ahora andamos entre los 10 y 11.000. Para 15.000, 13 cobradores. Para 11.000 nos quedan 11 cobradores todavía. ¿Se puede deducir una injusticia de estas proporciones? Pues ¿y si se añade que en este arreglo no tuvo Luis intervención y que lo acordó la Directiva en su ausencia? ¿Cómo encontrar fundamento a la declaración?

Pero una enseñanza preciosa se puede sacar de este hecho. De los 13 cobradores que tenía la Sociedad, sólo Quintín estaba identificado con los anarcosindicalistas. Sabido es por todo el mundo que el punto fuerte de su campaña contra nosotros lo fijan en sus denuestos contra los cargos retribuidos. No hay mal que no sea engendrado en la mente de los retribuidos. «El jornal de los retribuidos—dicen—no le ganan: le roban.» Y ahora resulta que el cobrador que así piensa llega al crimen contra el que cree culpable de que le quiten el cargo que era—dice—el pan de sus hijos. Es el único que, de los que al servicio de la Sociedad estamos, se crea que tenía el cargo vitalicio. Los demás estamos aquí porque nos habéis elegido, hasta cuando nos queráis echar, ya por las circunstancias, como en este caso que comentamos, o ya por vuestro capricho soberano.

Apenas se corrió la noticia del crimen, los de la calle de San Marcos se apresuraron a dar una nota a la prensa, que es una justificación del asesinato y una muestra de la alegría que les causó. No conocemos el secreto del sumario, y aunque no tenemos duda acerca de quién ha sido el autor material del hecho, seguimos diciendo como Holmes: «¡Este no es mi hombre!» Pero los que han creído que la muerte de Luis les había de facilitar el acceso y la influencia en la Sociedad de Albañiles, se equivocan. Luis tenía prestigio bien cimentado entre los albañiles, porque les ha servido cerca de veinte años honrada y heroicamente. La fama de Luis, además, se extendía por toda la península, porque, como propagandista, sabía transmitir sus sentimientos y sus ideales a las masas reunidas, y todos se han dado cuenta de que lo que se ha querido matar en él ha sido al luchador integerrimo. Y aquí hemos quedado para, proseguir su obra cuantos le queríamos y le admirábamos, que somos muchos.

Feliciano MARTIN

¡ESE!...

La noticia, cuando nos fué comunicada, nos anonadó. Ni aun leyéndola en *El Socialista*, con titulares a dos columnas, nos parecía verdad. ¡Qué más!: le estábamos viendo y oyéndole en la cama doliente del Equipo Quirúrgico, y nos preguntábamos: Pero ¿tú? ¿Eres tú? No nos cabía ni en la cabeza ni en el alma que Luis hubiera sido tan alevosamente asesinado. Y no es que la tragedia no la tuviéramos prevista: la esperábamos. La habíamos previsto y esperado porque el propio Luis nos la había anticipado. Hablando con frecuencia del estado de coacción, de amenaza, de brutal efervescencia en que se debatía la Sociedad de Albañiles, el propio Luis no me ocultaba sus fundados temores. Para mí no pasaban desapercibidos; también creía en ellos fundadamente. ¿Por un prejuicio atávico? No. ¿Por una suspicacia? Tampoco.

Cuando en alguna ocasión yo le estimulaba y alentaba y le ponía frente a frente de su estado de mediatización, de autoridad invadida y de prestigio menguado por una injerencia en sus atribuciones y facultades, él me respondía:

—Pero ¿no ves ese hombre?

—¿Quién? —le contestaba.

—¡ESE!...

Y como si la revelación de su nombre fuera un perjurio, él se callaba el nombre del pretendido criminal, poniendo un punto de silencio en sus labios, una dosis de amargura en su alma noble y una inquietud pronunciada en los dos, presagio del desastre, de la alevosía, de la criminalidad.

ESE. ¿Quién era ESE? Luis se ha llevado a la tumba el secreto de su nombre; pero nosotros no creemos en que era un hombre el victimario. El victimario ha sido la insana pasión, el miedo loco, la envidia enca-

En el propio local de la Secretaría se oyeron expresiones que, si no eran una amenaza de muerte, lo parecían. Individuos enemigos de Luis, pertenecientes a la propia Junta directiva de Albañiles entraban en los reservados de los bares a altas horas de la noche; otras veces se les veía reunidos con los enemigos personales de Luis, a la mesa de un café. Las mesas del café Universal deben de haberse convertido en mesas de disección, en donde, para que el símil sea más exacto, no faltaba ni el médico. Todo esto lo sabía Luis. Y sabía que la única manera de anularle era el asesinato.

Al enterarnos del crimen, sólo una cosa nos sorprendió: la persona del asesino. Hay una escena en la comedia policiaca *Raffles* en la que Sherlock Holmes, ante la persona que aparece como ladrón del collar de perlas — un pobre aturdido, que es instrumento inconsciente de Raffles —, exclama medio desesperado: «¡Este no es mi hombre!» Así nosotros, como Holmes, decimos: «¡Este no es nuestro hombre!»

No. Quintín Sánchez no tenía motivos para odiar a Luis. Sólo agradecimientos debía tener. En otro lugar de este número se inserta una carta en donde está bien patente uno de tantos favores como Luis le había hecho. En cuanto al motivo ocasional, según declaración..., dice que le creyó responsable de su cese. No cabe tal creencia. Quintín Sánchez hacía el penúltimo cobrador. La necesidad de suprimir dos la da el número de asociados. Cuando vinieron estos recaudadores

nallada por la importancia en el saber, el contraste de una vida deslizada entre el *chantage*, con la honradez inmaculada de otra vida entregada a la organización obrera. El victimario ha sido la asociación de unas pretendidas ideas preñadas de odio; ellas han armado el brazo del asesino, como si la inmolación de un hombre fuera el cauce amplio por el que se deslizaban en torrente desbordante unas ideas de paz y de amor.

ESE. ¡Oh trágico innominado! ¡ESE! ¿Quién eres que a Luis Fernández le imponías, aun en lo más recóndito de la intimidad del camarada, la revelación de tu nombre, influenciando su espíritu con el presentimiento de una agresión brutal? ¿Quién eres y por qué te ocultas a las miradas, veladas por el llanto, de quienes queríamos a Luis con el cariño acendrado de un hermano mayor?

No sabríamos apelar, conociéndote, al procedimiento ruín y repugnante del pistoletazo, como castigo a la eliminación del buen amigo; nos bastaría con conocerte para despreciarte. Las almas nobles, de espíritu elevado, como era Luis Fernández, mueren como Luis murió. Esa muerte no es propia para los embargados por pasiones mezquinas. Luis murió temblando en los labios, con el último suspiro y como su último pensamiento, el recuerdo a la organización, santificándola con su martirio, mientras vosotros la escarnecéis con vuestras procacidades, con vuestros egoísmos, con vuestros crímenes.

ESE. Quienquiera que seas, no pasas inadvertido al ojo escrutador de la conciencia obrera. La sangre derramada abnegadamente por Luis Fernández no hará ninguna redención; por el contrario, es la condena terminante y absoluta de un procedimiento que rechaza los trabajadores conscientes. La cultura del pueblo, tantas veces preconizada por Luis en sus discursos de propaganda, hará que sean cada vez más difíciles estos atentados inhumanos que destruyen la vida de un hombre sin obtener una eficaz finalidad. Esa norma de la cultura es la que colocamos frente a vuestros procedimientos. Ella ahogará vuestras pasiones y mojará la pólvora de las balas de vuestras ineffectas, haciéndolas completamente ineficaces.

A ello dedicaremos todos nuestros esfuerzos.

Andrés GANA

Efemérides trágica

Con la muerte violenta del querido Luis Fernández ha coincidido el octavo aniversario de la del otro querido compañero que se llamó González Portillo. Los dos han muerto por las balas de hermanos trabajadores. Los dos rindieron su vida a la pasión y al veneno de los exaltados. El comunismo que decían defender los asesinos de Portillo no adelantó más por ello; por el contrario: se debilitó. Las tendencias de los asesinos de Luis Fernández, ¿ganarán con este nuevo crimen? El tiempo lo dirá. Maldigamos estas aberraciones de algunos trabajadores y vaya nuestro recuerdo hacia las víctimas inmoladas en aras de lo más perverso que existe en el alma humana.

OFRENDA AL AMIGO

Quienes hemos tratado al secretario de la Sociedad, muerto violentamente hace pocas semanas, no nos cansaremos de condenar el procedimiento empleado para arrebatarlos su generosa colaboración.

Tantas veces como Luis hablaba surgía de sus labios la palabra serena, producto de elaboración reflexiva, para pedir al más exacerbado de sus contentientes moderación en la frase, elevación en el pensar, todo cuanto puede ennoblecer la lucha de ideales honradamente sentidos.

Ha muerto víctima de un estado pasional engendrado en largos meses de disputa entre dos tendencias espirituales. Lamentamos este hecho por lo que tiene de expresivo en las luchas por nuestra redención. Cuando las clases sociales no encuentran medios para expandir sus ideas fuera de los violentos, puede asegurarse que sobrarán odios, malas pasiones; pero falta lo esencial: ideales.

Alrededor del victimario de Luis, de nuestro Luis, se ha intentado tejer una trama sentimental muy a propósito para extraviar a la opinión ignorante del mecanismo sindical a que todos estamos sujetos.

Un padre de familia que se queda sin trabajo, en ambiente tan triste como el actual, puede ser argumento fácil de comprender por quienes desconocen otros pormenores.

Al verificarse la liquidación de la cuenta entre la Tesorería de la Sociedad y el procesado por la muerte de Luis Fernández, se ha comprobado por peritos judiciales de absoluta responsabilidad que faltaba la cantidad de *novecientas sesenta pesetas con setenta céntimos*.

Reconocemos, por haberlas sufrido, las amarguras del hogar obrero cuando falta el ingreso de quien le sostiene; pero si cada situación difícil ha de tener como solución la que dió Quintín Sánchez a la suya, habrá que reflexionar serenamente sobre la actitud que nos corresponde.

La organización no puede tener personal retribuido sino en justa proporción a sus necesidades, y si el número de asociados disminuyó en estos meses, a nadie se le puede ocurrir que en su posición como retribuido sea intangible. Esto nos llevaría a estados de anarquía tal en la vida societaria en los cuales la opinión de los menos diría la última palabra, por encima de los acuerdos de la junta general.

Cuando se trabaja para la organización debemos hacernos a la idea de que pueden llegar ocasiones en que el error de nuestros compañeros nos haga víctimas de alguna ingratitud. Si no estamos dispuestos a sufrir estos reveses, lo mejor será declararnos incompatibles o incapaces de prestarle un servicio útil, por modesto que sea.

Por otra parte, el atentado personal, como el suicidio, son manifestaciones de apocamiento espiritual que envilecen al hombre que los emplea como soluciones de problemas individuales que no llega a comprender.

La muerte de Luis Fernández no ha aliviado en lo más mínimo la situación personal de quien le asesinó por sorpresa. Si trató de mejorar, ha empeorado su suerte. Desde este punto de vista, el atentado, para su mismo ejecutor, ha resultado contraproducente.

Si la emoción criminal hizo suponer a alguien que, sepultado Luis Fernández, había ganado una batalla, ¿cuán equivocado vive!

El capitalismo, con sus injusticias, sus guerras, sus crisis económicas, hace diariamente una porción de víctimas, y desde su gran crimen, la matanza de 1914-18, nadie niega que lleva en su naturaleza un fondo tal de injusticia que elevará muy por encima de sus defensores a quien trabaja por transformarle.

Nos hemos separado para siempre de un camarada afable, sincero, trabajador, honrado, socialista. A él le dolió la herida producida por la bala de un inconsciente; a nosotros, el destino que tuvo una vida puesta al servicio de causa tan generosa como la que todos defendemos. Su nombre ha aumentado la extensa lista de mártires caídos a manos de la injusticia burguesa o de la ignorancia que caracterizan a esta sociedad. Ya le hemos llorado como corresponde a un buen amigo.

Pero la ofrenda que más le agradaría entre las flores con que cubrimos sus restos sería la de saber que después de él, en la Sociedad que tanto amaba, seguimos trabajando con la noble ambición de quien aspira a parecerse a él, de quien trabaja con la generosidad que Luis lo hacía.

De interés para los asociados

La Junta directiva de esta Sociedad tiene particular interés en comunicar a sus asociados que en la obra que construye el Sr. Pellejero en el paseo de la Florida se ha sustituido a los compañeros albañiles por personal que trabaja con la talocha.

Con objeto de facilitar el desenvolvimiento económico del patrono, estos obreros se prestan a cobrar el importe de su retribución cuando buenamente se les quiere entregar.

Sirvan estas líneas de aviso para todos aquellos compañeros a quienes se trate de sorprender con promesas que después resultarán fallidas.

CONVOCATORIA

Esta Sociedad celebrará juntas generales ordinarias (continuación de la celebrada el día 26 del pasado mes de noviembre) los días 12, 16, 23 y 30 del presente mes de diciembre, a las seis de la tarde, en el salón grande de la Casa del Pueblo, en cuyas reuniones proseguirá la discusión pendiente en la celebrada el referido día 26 del pasado mes.

De terminarse el orden del día pendiente de discusión, se procederá a discutir el siguiente

ORDEN DEL DIA

- 1.º Lectura y aprobación del acta de la sesión anterior.
- 2.º Discusión y aprobación de las cuentas correspondientes al segundo y tercer trimestres del corriente año.
- 3.º La Junta directiva dará cuenta de las gestiones en que ha intervenido.
- 4.º Proposiciones de la Junta directiva.
- 5.º Preguntas de los asociados.
- 6.º Proposiciones de los mismos; y
- 7.º Las Comisiones y delegados que ostentan representación de la Sociedad darán cuenta de su gestión.

LA JUNTA DIRECTIVA

Madrid, 1 de diciembre de 1930.

Nota. — Para la entrada en el local es imprescindible la presentación de la cartilla de asociado.

Camarada A. de Gracia

Estimado amigo:

Me pidé que escriba algo para el próximo número de EL TRABAJO referente a nuestro camarada y amigo Luis Fernández. No puedo negarme; pero vea que si en algún tiempo hice algunos trabajos para el periódico, hace ya bastante también que, debido a mis achaques, hube de dejarlo, por lo que no tengo costumbre de escribir.

¡El camarada Luis Fernández! Yo intervine en su nombramiento para secretario; recuerdo que fué en el año 1912, con motivo de cesar en el cargo el compañero N. González, por causas que no vienen al caso, pero que entonces, como ahora, creo que no eran justas. Se sacó a concurso la plaza de secretario. Dos compañeros le solicitaron: uno en el cual reconocimos los cinco compañeros que formábamos la Comisión examinadora, de la que sólo recuerdo al compañero Saturnino, que no nos merecía confianza, dada su forma de conducirse en la organización; sospechábamos que desde ese cargo podía dirigir a la Sociedad por derroteros que nosotros no considerábamos buenos (el tiempo nos ha dado la razón, no hay que mencionar su nombre); el otro, el compañero Luis Fernández. Este, joven entonces, dispuesto siempre a trabajar en todo lo que le mandase la organización, asiduo a todos los actos que la Sociedad celebraba, y cuando intervenía en algún asunto en sus juntas generales, lo hacía con la mesura y corrección que no ha olvidado hasta el último día de su existencia, creímos que era el que convenía a la Sociedad.

Hicimos el examen, y los dos concursantes tuvieron equivocaciones en él. Hicimos nuestro dictamen, y fuimos a la junta general con la verdad, diciendo que ninguno de los dos había hecho bien el examen; pero que el compañero Luis nos merecía la suficiente confianza y estimábamos que debía dársele la plaza. Así lo acordó la junta general.

¿Para qué hacer historia de la actuación de Luis Fernández, cuando está en la mente de todos? ¿Quién que lleve algunos años en la Sociedad puede olvidarlo, sobre todo a partir del movimiento general de 1917?

Sirva de ejemplo para todos la vida societaria del que fué un verdadero camarada, que ha sacrificado su vida en defensa de la clase obrera en general, y sobre todo en defensa de la Sociedad de Albañiles, a la que demostró un cariño inmenso cuando, perjudicándose materialmente, acudió a ella cuando ésta le pidió volver. Albañiles, imitadle.

EL APRENDIZ

Un suelto de *El Socialista*

“Matonismo sindicalista”

Si las palabras que vamos a comentar hubieran sido pronunciadas particularmente, no nos haríamos cargo de ellas; pero como han sido lanzadas en una reunión pública, nos consideramos con derecho y en el deber de comentarlas.

En un mitin celebrado el domingo en Tetuán de Chamartín por los ele-

mentos sindicalistas, uno de los oradores — vociferadores estaría mejor dicho —, en un arranque de megalomanía, dijo que él es uno de los amenazados con sufrir represalias por el reciente atentado de que ha sido víctima nuestro querido amigo Luis Fernández.

Y el presidente del aquelarre — que no reunión — remachó el clavo hincado por su compinche afirmando jaquetonamente que por cada uno de los suyos que caigan, caerán diez de los nuestros; ¡y de los más altos!, agregó.

Estos alardes de matonismo, que nada justifican, puesto que entre nosotros no es costumbre alardear de majeza, aun cuando no se hurta el cuerpo en los momentos de peligro, como en la acera de enfrente, son una justificación de la complicidad moral que esos elementos descarriados de la organización obrera tienen con el reciente atentado, ya que el autor de él estaba en íntima compenetración con los más conspicuos defensores del procedimiento ahora puesto en práctica, que, por cierto, habían anunciado anónimamente al difunto Luis Fernández y a alguno más.

De todos modos, la organización obrera madrileña conservará el suficiente buen sentido para no alistarse bajo la bandera color de sangre de quienes quieren instituir el asesinato a traición como norma para dirimir las diferencias ideológicas existentes entre los trabajadores.»

(4 de noviembre de 1930.)

NECROLÓGICA

En la mañana del 12 del pasado, cuando el personal trabajaba en la obra del patrono Julián Quiñones, en la calle de Alonso Cano, 36, se produjo un hundimiento que ha costado la vida a cuatro trabajadores.

La Sociedad de Albañiles perdió para siempre dos asociados, víctimas de la imprevisión oficial, en cuanto a solidez en las construcciones se refiere, y de la falta de honradez profesional de un contratista.

Como en otros casos del mismo tipo que el actual, la responsabilidad del arquitecto, Sr. Fernández Urosas, es tan grave, que el juez instructor se ha visto obligado a proceder a su procesamiento y prisión sin admisión de fianza en metálico.

Esperemos que por esta vez la justicia oficial se ponga a tono con las exigencias de la opinión pública, imponiendo aquellas sanciones que piden clamorosamente algunos hijos sin padre y varias compañeras en tan triste estado como la viudez.

Sirvan estas líneas para reiterar nuestra protesta contra estos accidentes desgraciados, al mismo tiempo que de lentivo en su dolor a las familias de los compañeros Eduardo Berigüete, número 2.679, y José Más Valle, número 2.853.

Estamos esperando que se nos diga en dónde publican sus cuentas los Sindicatos afectos a la Confederación Nacional del Trabajo. Quien lo sepa, que nos lo diga.

NUESTRA PROTESTA

La manifestación organizada con ocasión del entierro de los cuatro compañeros muertos en la calle de Alonso Cano dejará en la memoria de cuantos la presenciamos un recuerdo difícil de borrar de la imaginación.

Cada día que pasa se advierte con mayor claridad el progreso realizado por la organización obrera en aspecto tan interesante como el de nuestras costumbres ciudadanas.

Fresco aún el acontecimiento que representa la conducción de Luis Fernández al Cementerio Civil, no hemos de ocultar que la manifestación del día 14 fué superior en número a la de pocos días antes. En la primera es el sentimiento delicado de un gran sector de opinión obrera y liberal manifestando su protesta contra la indignidad de un hecho sin justificación posible ante el pueblo culto. Los trabajadores que todavía no han definido su posición en la lucha espiritual planteada en España dejaron de asistir al entierro de Luis Fernández. No les censuramos. Señalamos un hecho.

El entierro de los compañeros muertos en la obra de Alonso Cano significa la protesta de la clase obrera, sin distinción de ideas. Cualquiera que sea nuestra particular manera de pensar, todos reconocemos que la inmensa mayoría de los manifestantes pensaba que un día u otro, si el Gobierno, los Tribunales y el Ayuntamiento no ponen atención en este problema, pueden ser víctimas de accidentes iguales o parecidos. Y protestó, no como quien se deja llevar de estados nerviosos capaces de nublar el entendimiento, sino como quien tiene conciencia clara de la responsabilidad, que contrae en cada una de sus manifestaciones.

Un incidente promovido por la falta de corona en uno de los féretros comienza a empañar el esplendor del acto de duelo, que poco después había de convertirse en tragedia.

La Federación Local había organizado la comitiva en las mismas condiciones que otras manifestaciones parecidas, teniendo en cuenta la posibilidad de conciliar el curso solemne del entierro con la circulación en ciertas calles céntricas de la población.

Al llegar a la plaza de Cánovas, un grupo de manifestantes entendió que la comitiva debía continuar por la plaza de las Cortes, para seguir por la Puerta del Sol y calle de Alcalá. Durante largo rato, la manifestación se detuvo, esperando, confiada, que se atenderían los deseos de algunos manifestantes. Cuando creíamos resuelta la difícil situación, vimos, sorprendidos, que fuerzas de Seguridad cargaban sobre grupos de trabajadores que no habían cometido otra falta que la de intentar el paso de la comitiva por el centro de Madrid.

Unas piedras lanzadas como protesta contra la conducta de la fuerza pública, y la insistencia en el deseo de que la manifestación modificara el itinerario previamente trazado, son las causas de que se haya ametrallado al pueblo, sin medios con que defenderse de semejante agresión.

Consideramos excesiva la conducta del Poder público, que no vacila en sacrificar dos vidas y herir gravemente a unos cuantos trabajadores con tal de dejar a salvo el llamado principio de autoridad.

Como quien no tiene la conciencia tranquila de su proceder, se organizó el entierro de las dos víctimas de aquella tarde en condiciones que impidieron hacer una nueva manifestación de protesta contra esta otra injusticia.

Al señalar los incidentes de estos días luctuosos para España, no queremos limitarnos a formular una protesta más contra los responsables de lo ocurrido. Queremos, además, que los trabajadores adviertan la íntima relación que existe entre los elementos patronales que trafican sin reparar en el precio de las vidas perdidas y un Poder político capaz de estrangular con sus medidas de violencia los más nobles sentimientos de la porción del país que aspira a liberarse.

El pueblo que no sabe honrar a los que se sacrificaron por él es un pueblo degradado, que merece pasar por las mayores derrotas y los más bochornosos vilipendios. — LEON CABBETTA

INCONSECUENCIA

En la prensa burguesa del día 18 de noviembre apareció el suelto que transcribimos para que los lectores de EL TRABAJO formen el juicio que mejor cuadre a sus convicciones personales:

«También los Sindicatos Unicos ordenan la vuelta al trabajo.»

Anoche se repartió el siguiente manifiesto:

«Los Sindicatos Unicos acordaron en la noche del viernes pasado la huelga general indefinida como protesta contra los luctuosos sucesos ocurridos en la tarde del mismo día.»

Unánimemente respondieron al llamamiento los trabajadores de todos los oficios, y ello demuestra el sentimiento de solidaridad que en ellos vibra, sentimiento que ha sido apagado antes de tiempo por elementos ajenos a los Sindicatos Unicos.

Nosotros creemos, y así lo hemos manifestado en repetidos manifiestos, que la huelga no debiera darse por terminada hasta conseguir de una manera rotunda el castigo de los agresores del pueblo; no obstante, con el fin de no sembrar la división entre los trabajadores y de demostrar a quienes nos pintan como agitadores profesionales, nos plegamos momentáneamente a las circunstancias, recomendando a todos los afiliados la vuelta al trabajo, en la seguridad de que han de ser los mismos trabajadores los que en breve se vencerán de la ineficacia de las protestas platónicas, y exigirán ellos mismos una acción enérgica que evite nuevas vergüenzas que añadir a la que ha sido objeto de esta demostración proletaria.— Por la Federación Local de Sindicatos Unicos, *El Comité.*»

A la misma hora en que se difundía por Madrid esta noticia comenzaron a llegar compañeros a la Secretaría para enterar a la representación de la Sociedad de lo que ocurría por las obras.

Grupos cada vez más nutridos, según aumentaba el número de obras paradas, recorrían las calles invitando al paro en forma que hizo temer algún conflicto de carácter violento entre los compañeros que trabajaban y los que invitaban a la huelga después de terminarse la general acordada por las organizaciones de la Casa del Pueblo.

La Junta directiva de esta Sociedad, en cumplimiento de acuerdos de las organizaciones hermanas, hizo cuanto pudo porque el paro respondiese plenamente al propósito que lo motivó. Hecha la protesta en las condiciones de serenidad y disciplina que han causado la admiración de la opinión pública, no tenía objeto prolongar el paro una hora más. Por evitar posibles confusiones, mandamos a la prensa diaria el siguiente comunicado:

«A los albañiles.»

Enterada la Junta directiva de esta Sociedad de que por alguien se pretende prolongar la huelga declarada por las organizaciones obreras de la Casa del Pueblo, ha acordado recomendar a todos los asociados que desde el martes 18, por la mañana, deben volver al trabajo.

El movimiento tenía carácter de protesta por los sucesos del viernes en el paseo del Prado, y conseguida esta finalidad, todo intento contrario a nuestros acuerdos redundaría en perjuicio de la organización.— *La Junta directiva.*»

Mediten los compañeros sobre estas conductas diferentes para deducir de ellas las consecuencias lógicas que sugieren.

Acuerdos de la junta general

En la reunión ordinaria celebrada por esta Sociedad el 20 de noviembre se tomaron los siguientes acuerdos:

Nombrar al compañero Manuel Jáimez vicesecretario de la Sociedad, con carácter retribuido, y que mientras este compañero adquiere los conocimientos prácticos de nuestra Secretaría, desempeñe el cargo de secretario interino Anastasio de Gracia.

Se hizo constar en acta el sentimiento de la Sociedad por la muerte de los compañeros Luis Fernán-

dez, Manuel González, José Mas, Luciano Díaz, Eduardo Berigüete, Adolfo García y Justiniano López, a consecuencia del atentado en la calle de Fuencarral, hundimiento de la obra de la calle de Alonso Cano, 36, y durante la manifestación de duelo del viernes 14 de noviembre.

Se acordó protestar contra los actos de violencia que privan de la vida a compañeros útiles a la organización, contra los abusos de ciertos arquitectos y contratistas y contra la intervención de la fuerza pública en incidentes de tan poca importancia como el que dió lugar a la muerte de dos compañeros y causó numerosos heridos.

Por haber presentado la dimisión del cargo que desempeñaba el compañero Jacinto Pinar en la Comisión gestora de la Sociedad, se acordó admitir esta decisión personal y nombrar al camarada Vicente Arroyo para el desempeño del mismo cargo.

A propuesta de la Junta directiva, se acordó por unanimidad señalar una pensión de doscientas pesetas mensuales a la viuda e hijo del compañero Luis Fernández y abrir una suscripción a beneficio de esta misma familia, a la que pueden contribuir durante tres meses las entidades y particulares que lo deseen.

Se acordó no acceder a la petición formulada por el compañero Pinar, solicitando indemnización al dimitir del cargo de Comisión gestora.

En la junta general celebrada el 26 del pasado se planteó amplia discusión acerca de la gestión administrativa de la Junta directiva que actuó durante el año 1929 y parte de 1930. Interrogaron a aquella Directiva diferentes compañeros, y después de dar las explicaciones pedidas, la mayoría de la asamblea se pronunció en contra de esta gestión.

EFEMÉRIDES

DICIEMBRE

- 1844.—Fusilamiento de liberales en España.
- 1753.—Nace Balmis, introductor de la vacuna en España.
- 1908.—Los terroristas rusos castigan a varios jueces y empleados.
- 1808.—Decreto de Napoleón aboliendo la Inquisición y los señoríos y reduciendo los conventos.
- 1830.—Fusilamiento de liberales en San Sebastián.
- 1778.—Nace Gay Lussac, físico francés.
- 1835.—Inaugúrase el primer ferrocarril alemán.
- 280 (a. J.-C.).—Muere Praxiteles, pintor griego.
- 1590.—Muere F. Salinas, músico español.
- 1200.—Nace J. Lorenzo de Segura, poeta castellano.
- 40.—Nace Marcial, satírico latino.
- 1824.—Suplicio de nueve liberales en La Coruña.
- 1813.—Muere Parmentier, agrónomo francés.
- 1824.—Nace Puvis de Chavannes, pintor francés.
- 1908.—Muere Samsó, escultor español.
- 1907.—Muere Pedro Lucio, socialista español.
- 1849.—Muere Chopin, músico francés.
- 1790.—Nace Parry, explorador inglés.
- 1590.—Muere Paré, médico francés.
- 1824.—Nace Jockai, novelista húngaro.
- 1667.—Fúndase el Observatorio astronómico de París.
- 1909.—Ejecución de Karpof, jefe de la policía rusa.
- 393 (a. J.-C.).—Nace Esquines, orador griego.
- 1909.—Agitación de Macedonia por su independencia.
- 1898.—Aparece en Italia el diario socialista «Avanti!».
- 1538.—Nace Pablo Céspedes, pintor y escritor español.
- 1806.—Nace Baralt, literato americano.
- 1898.—Congreso de los socialistas húngaros.
- 1825.—Muere David, pintor francés.
- 1230.—Nace Febrer, literato catalán.
- 1877.—Muere Courbert, pintor y comunitario francés.

LA HUELGA GENERAL EN MADRID

Como consecuencia de los luctuosos sucesos ocurridos en la plaza de Cánovas, la Federación Local de la Edificación, en reunión extraordinaria de su Pleno, acordó declarar la huelga del ramo en Madrid por cuarenta y ocho horas.

Las Sociedades que integran la Casa del Pueblo acordaron declararla también, por solidaridad, por término de veinticuatro horas.

Jamás se conoció en Madrid paro tan absoluto. De ello da idea lo dicho por un reportero de *Crónica*; es así:

«Salí a dar una vuelta por Madrid, más que espoleado de curiosidades experimentales por los fenómenos democráticos, con la esperanza vaga de encontrar una cervecería, un bar, una taberna, donde no se hubiera secundado la orden de paro general, para poder tomar el aperitivo...»

«Ni la caña, ni el vermut, ni el *cock-tail*... Ni siquiera el diario matinal o la revista dominical que lee uno mientras toma el sol de regreso a casa, donde aguarda el reposado almuerzo del domingo! Ni tranvías en los que recorrer Madrid!»

Un día de huelga general, la ciudad sin vehículos es mucho más grande que nunca para el transeúnte que no tiene coche propio.

Desde el centro de Madrid se piensa en el extrarradio como si fuera el extremo del mundo, y el tímido peatón, ignorante hasta ese día de cuanto bienestar comunal beneficiaba normalmente, se siente mucho más insignificante y pequeño que un niño perdido, porque el niño desconoce la magnitud de su soledad en medio de la urbe, y el hombre, no; el hombre sabe que él solo, sin la asistencia habitual de tantos y tantos miles de ciudadanos como a diario usufructuaba, no es nada, nada, nada.

En la mesa no hay pan, ni carne, ni pescado... ¿Por qué? — me pregunto yo, el hombre medio de la clase media—. ¿Soy yo contratista de casas mal hechas? ¿He ordenado yo acaso las cargas macabras de la plaza de Cánovas — coronas de balas y sables sobre los fétros de cuatro albañiles muertos por el desamparo de todo un país —, ni pertenezco al cuerpo de Seguridad?... Un periódico de la noche anterior me da la respuesta con sus grabados: seis hombres, hermanos en infortunada condición social de todos esos millares de obreros que hoy se niegan, porque están tristes e indignados, a seguir ayudándome a vivir cómodamente con su esfuerzo sin gloria, han caído muertos estos días: unos, desde lo alto de un infame andamaje; otros, bajo la sevicia de la fuerza pública desatada... Y me invade una reacción «sentimental»; una reacción que debiera ser simplemente «justiciera»; bien merece la pena de ir a pie, y comer pan duro, y no entretener la tarde en un café, el duelo de toda esa muchedumbre, hoy inhibida, que teje a diario, armoniosamente, en un concierto maravilloso de tareas anónimas con sus múltiples oficios humildes, la red de mi acostumbrado bienestar desagradecido...

Otra lección — individual —, más honda y perdurable, de la pasada huelga: la lección de humildad que nos da a cuantos podemos recibirla, porque no conformándonos con ser vanidosos, aspiramos al orgullo de firmes sillares verdaderos. En tiempos de normal actividad social — humo sobre las fábricas, chispa en los motores, tiendas abiertas, energía trepidante en toda la urbe, tráfico sin fin, ritmo rotativo del progreso cotidiano —, apenas tenemos cien duros ahorrados y el alquiler de una vivienda cualquiera pagado hasta fin de mes, nos creemos los dueños del mundo. ¿Qué es eso del *alma colectiva*, ni de la concatenación de deberes y derechos ciudadanos? La multitud es un mito inventado por Gustavo le Bon... ¡Hay que ser individualista — quien pueda serlo —, y los demás, para servirnos a nosotros! ¿No vivo yo de mi trabajo? ¿Tengo talento para vivir mejor que otros? Pues entonces, ¿qué debo yo a la sociedad? Mi dinero — bien ganado — me cuesta cuanto tengo...

Pero un buen día — el día de la huelga general — vemos, primero con sorpresa, luego con sorda rabia impotente, que todo aquello no era nada, que *nuestro dinero* no nos sirve para tener luz eléctrica, agua, pan, locomoción, servidumbre... ¿No éramos tan grandes? ¿Cómo no podemos prescindir de los demás? Pero ¿es que desprecian el dinero que les damos por sus servicios? Hoy no luchan por el dinero. Mas ¿y las leyes? Les hemos enseñado a vulnerarlas... ¿Y la fuerza pública? ¿Cómo no les obliga? Porque está en minoría: los huelguistas suman el setenta por ciento de la población, y están unidos... — ¡Ah! Luego los demás no son tan despreciables. Pueden más que nosotros. Hasta por egoísmo, por interés propio, debemos renunciar a este inconsciente desdén que nos inspira la plebe trabajadora, e interesarnos en sus problemas y condolerarnos de sus desgracias, y

participar en sus iras, porque de ellos, de los demás — y no nuestro, que no sabemos amarlo — es el pan nuestro de cada día...

Señorio en tiempo de huelga. Retirados a la sede social de sus respectivos gremios cocineros y camareros y choferes, muchos señores tuvieron que servirse a sí mismos en los hoteles donde se alojaban. Y como no sabían cocinar, comieron fiambres; y los que no sabían conducir hubieron de caminar a pie, o hacinados con el populacho en el Metro. ¿Dónde está para éstos el señorío?

El señorío — verdaderamente difícil — que no se pierde durante un día de huelga es el de cuantos saben bastarse a sí mismos. ¡Esos sí que son los verdaderos señores! Si la suprema jerarquía humana es la completa libertad individual y se acredita en no depender de nadie, los verdaderos señores de sí mismos serán quienes puedan prescindir de servidores para satisfacer sus necesidades más elementales. Así, los que pasaron mejor el domingo fueron aquellos que, teniendo auto, saben conducirlo, o bien los que, no teniendo, están más acostumbrados a andar en el democrático coche de San Fernando.

Como en tiempos de Shakespeare, en los teatros, retirados por la huelga los tramoyistas, las Compañías dieron sus funciones con un solo decorado. A telón corrido, salía un actor al público y decía: «La decoración que en el acto anterior representaba un gabinete no ha podido ser sustituida, y ahora habrán ustedes de figurarse que es un jardín; luego, en el acto tercero, imaginará el respetable senado que está ante las ruinas de un castillo, a la orilla del mar.» Y el público lo aceptaba todo por bueno. Y hasta se interesaba en la representación... si la comedia era interesante por ella misma. Como ocurrirá siempre, a pesar de las modernas conquistas de la escenografía.

En un domingo de huelga general — espectáculo único, extraordinario — cuando se ve claramente que Madrid es una grandota capital de provincia castellana, tan... provinciana como otra cualquiera. Sin el tumulto luminoso y ruidoso de los autos, los tranvías, los escaparates, los anuncios, los pregones, y, sobre todo, la prisa, sal de nuestra época, Madrid es triste y destaralado y gris. Un gran poblachón manchego, que en no teniendo cafés sólo gira en torno a la Puerta del Sol. Por eso todo el mundo aflúa a ella el domingo pasado... ¡Y cómo la defendían los civiles, pronta la espuela junto al ijar de sus caballos, y amartillados los máuseres, como si se las fuesen a robar no sé a quién las hordas terribles de las Ventas, de Vallecas o de Cuatro Caminos!...

¿A qué objeto creen ustedes que se habían tomado militarmente sus diez bocacalles y hecho desalojar de ella a un público domingoero, aburrido y circulante?... Yo creo conocer el secreto de la Puerta del Sol, custodiada tan celosamente. Como aquel día no brillaba en todo el esplendor de sus luces habituales, sus ajetreos, sus peligros, sus campaneos y bocinazos de siempre — todo eso que hace de la gran plaza tallada en octógono, vista desde un avión en la noche, un colosal diamante deslumbrador —, el general Marzo, joyero nato, como ministro de la Gobernación, de la enorme piedra preciosa, no quiso que la muchedumbre descubriera, precisamente en un día de huelga general, que la Puerta del Sol tan celebrada — estómago, cerebro y corazón de la vida española —, es una joya falsa. ¿Quién podrá decir que debajo de ese diamante que corona la capital de España hay un cerebro huero, un corazón cansado y un estómago enfermizo, si, como no sea en el aturdimiento y el oropel de su gran parada, no se permite que nadie se le acerque?»

La organización madrileña dió una prueba indubitable de su cohesión y su disciplina y, por ende, de su poderío.

Lo que necesita para vivir un banquero declarado en quiebra

Los acreedores del banquero señor Hecksher, declarado en quiebra, le han propuesto concederle una pensión de doce mil dólares anuales; pero el interesado ha dicho que no podía vivir con menos de cuarenta mil dólares al año.

«Soy socio de dieciséis clubs — dijo —, lo que me cuesta 5.000 dólares, y otros gastos de los clubs ascienden a 6.000 dólares. Necesito 3.000 dólares anuales para vestirme, 10.000 para hacer regalos y 15.000 para mi alimentación.»

Antes de la quiebra poseía seis automóviles, un yate, una cuadra de carreras y un palacio suntuoso. Vivir hoy con una renta de doce mil dólares es, para él, la miseria.

Federación Local de la Edificación

En la primera reunión celebrada por el Comité Central después de la muerte del compañero Luis Fernández se acordó levantar la sesión en señal de duelo y consignar la protesta de las organizaciones que asistían, por la forma salvaje en que ha ocurrido la desaparición de tan querido camarada.

La Comisión Ejecutiva dió cuenta de la gestión realizada con los señores Torrego y Sánchez, constructores de la casa número 21 de la calle de García de Parédes, a quienes hubo necesidad de retirar el personal por haber dado el trabajo de blanqueo a especialistas que se proponían hacerlo contratado de segunda mano.

La huelga, que duró pocos días, ha terminado con un triunfo para la organización. Otro hubiera sido su término de faltar el concurso que prestaron todos los compañeros asociados.

La situación creada en la obra del patrono D. Rafael Brillas, sita en la calle de Núñez de Balboa, dió lugar a negociaciones entre las Federaciones patronal y obrera. El resultado de estas entrevistas ha sido que el trabajo de guarnecidos y blanqueos se haga por los compañeros albañiles, y no por talochistas, como se pretendía por el patrono.

Se ha encargado la Federación Local de toda la tramitación motivada por el hundimiento de la casa de la calle de Alonso Cano, 36, así como de las atenciones que necesitan los compañeros presos y heridos a consecuencia de los sucesos de la plaza de Cánovas.

QUISICOSAS

Dióle a un mendigo Bartolo un pantalón destrozado, diciendo: —No lo he llevado más que dos veces tan sólo. —¿Dos veces? —dijo el pobrete. Y exclamó el otro: —Sí, a fe; pero una vez lo llevé seis años, y la otra siete.

Uno al pie de una pared, no hallando mejor avío, envolvióse en una red. Al poco rato sacó de ella un dedo, y exclamó: —¡Cuerno, qué noche tan fiero! ¡Para el bobo que anduviera menos tapado que yo!

Tres hijos perdió Bartolo, y con perder a los tres, no falta quien dice, Inés, que no ha perdido uno sólo.

Corrigiendo a un escribiente, dijo un barón: —¡Avestruz!, escribe barón con B, que no soy barón con V.

—¿Quién se me ha bebido el vino? —dijo, fiero, un andaluz—. ¡Por la santísima cruz, que he de matar al indio! —¡Yo me lo he bebido! —¿Y qué? —¿Usted? —¡Sí; cuerpo de tal! —Pues entonces, don Pascual, ¡bien provecho le haga a usted!

Entre amigos: —Ayer decían en el café que eres hombre de talento, y aseguré que se equivocaban. —Pues yo he sido más sincero con respecto a ti: oí decir que eres un necio, y aseguré que tenían razón.

Toda religión tiende a coartar el libre albedrío del hombre; por tanto, para lograr la libertad material e intelectual se han de reemplazar las ideas religiosas con las investigaciones de la razón.

Sea cual fuere la forma de los impuestos, quien en definitiva paga es el productor; para que sean justos es preciso que no haya sino productores.

(Resoluciones del primer Congreso de la primera Internacional Socialista, celebrado en Ginebra en 1866.)

VERDADES QUE NO DEBE OLVIDAR EL OBRERO

La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos. — Unión es fuerza. — Querer es poder. — Saber es poder.